



Excmo. Ayuntamiento

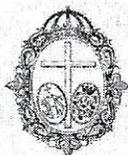
MANZANARES



Fiestas Patronales

NUESTRO PADRE JESÚS DEL PERDÓN

Septiembre, 1996



Pregón 1996

José Fernández-Arroyo Fernández de Simón

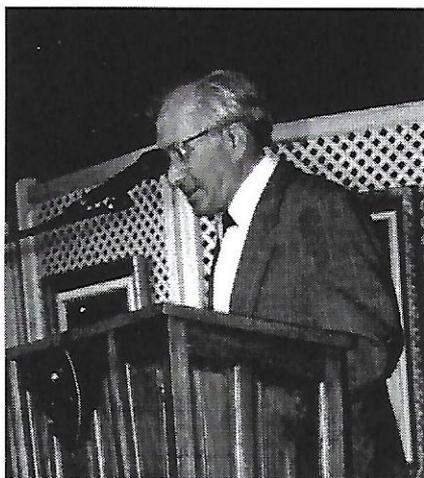
Distinguidas autoridades, dirigentes y hermanos de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón, paisanos y parientes (que alguno me quedará por aquí), amigos y compañeros de escuelas y colegios en aquellos ya casi lejanos tiempos de nuestra niñez y, en fin, queridos todos los aquí presentes.

Como corresponde en estas ocasiones, me cumple, en primer lugar, agradecer vuestra presencia en este acto y agradecer también a mi viejo amigo Eugenio García-Pozuelo Manzanegue el hecho absolutamente insólito para mí, de que yo me encuentre en estos momentos aquí, ante vosotros, dirigiéndoos estas palabras. Y tengo que agradecerse, muy sinceramente, porque el haberme elegido como Pregonero de estas fiestas patronales, me parece un honor tal vez no muy merecido, puesto que no me considero una personalidad tan distinguida ni relevante como para merecer un encargo como éste que, por lo general, suele encomendarse a personas cuyas cualidades y méritos puedan aportar cierto grado de brillo y esplendor a un acto de esta importancia y solemnidad. Por este motivo, mi agradecimiento al amigo Eugenio García, ha de ser un poco especial, ya que, cuando me hizo la invitación de ser el pregonero de su Hermandad, lo consideré una amable deferencia y un alto honor que no me pareció decoroso rehusar, aunque ello significaba un verdadero reto a mi absoluta falta de experiencia en estos menesteres.

Por todo ello, me gustaría muchísimo poder estar a la altura de todos los ilustres y brillantes pregoneros que me han precedido y poder ofrecer en esta ocasión un «pregón» hermoso y memorable, que sirviera de digno pórtico a las fiestas de Nuestro Padre Jesús del Perdón, tan hondamente enraizado en el fondo de los corazones

manzanareños.

Pero, desgraciadamente, yo no soy una de esas personas «de pico de oro», como suele decirse, ni de una oportuna y selecta erudición, capaz de ofrecer citas y pensamientos de sabios personajes y de manteneros a todos absortos y pendientes de mis palabras, y desearía que mis palabras fueran bellas, inspiradas y armoniosas como las de los propios ángeles. Pero mucho me temo que no sea así. Porque, tratándose de un tema que a todos os



pueda interesar, como es el tema de nuestro querido Manzanares y de su venerado patrón, Jesús del Perdón, sobre todo en la ocasión de estas fiestas, yo no sé de qué podría hablaros que vosotros no sepáis mejor que yo. En realidad, yo no sé casi nada de Manzanares, ni de su historia, ni de su evolución, ni de sus problemas pasados o presentes ni tampoco pretendo ser un moralizador capaz de remover vuestras conciencias. La verdad es que yo solo viví en Manza-

nares mi niñez y los primeros años de mi juventud y son esos recuerdos y esos sentimientos los que guardo en mi corazón con profundo cariño, con una especie de íntima nostalgia, todavía impregnada de la misma ansiedad que tenían mis sueños y mis ambiciones juveniles en aquellos años. Porque lo que se recuerda con nostalgia es como lo que se desea nuevamente. Porque los recuerdos son como una conciencia condensada de nuestra vida. Porque los recuerdos orientan nuestros sueños y nuestras esperanzas y sólo se anhela lo que de algún modo se recuerda y ese es quizás el origen del sueño del paraíso: el recuerdo de una eterna felicidad que quizás hayamos o no vivido.

Por eso, yo sólo podría hablaros de mis recuerdos, porque mis recuerdos de Manzanares son algo de lo más hermoso y de lo más valioso y querido que conservo en mi corazón, los recuerdos de mi

infancia, que desgraciadamente se van diluyendo poco a poco, aunque también, al mismo tiempo se van dorando y embelleciendo con el prestigio de lo pasado y con el halo mitificador de la nostalgia.

Por eso, si me lo permitís, yo voy a hablarlos tan sólo de mis recuerdos manzanareños, porque, a estas alturas de nuestras vidas, lo más hermoso que nos queda a los viejos, son quizás los recuerdos de nuestra infancia y nuestra juventud.

Por ejemplo, me parece que uno de mis primeros recuerdos más conscientes es el del primer día en que mi madre me llevó a la catequesis, a la iglesia de la Virgen de Gracia, y me parece verme allí, de pie en un pequeño corro con otros niños, en torno a una mujer que nos iba haciendo repetir a coro las oraciones. Y, al mismo tiempo que me aplicaba en repetir lo que nos decía, yo miraba de reojo, con un poco de miedo, aquella gran nave de la iglesia sumida en una semioscuridad y en un silencio en el que resonaban misteriosamente las voces y los ruidos agrandados por el eco. Y luego, me recuerdo ya caminando de regreso a mi casa y llevando en la mano, fuertemente apretada, para que no se me perdiera, una estampa de la Virgen que nos había dado la catequista.

Me acuerdo muy confusamente de mis abuelos paternos, mi abuela Juliana y mi abuelo Antonio. Mi abuela Juliana Ruiz de Martín-Esteban murió cuando yo era todavía muy niño, antes de comenzar la guerra, y me parece recordarla como una viejecita menuda, con el pelo blanco bien reliso y anudado en un pequeño moño encima de la cabeza, la cara redondita y arrugada y vestida con una falda negra con menudos lunares blancos y una toquilla negra cruzada sobre el pecho. Tampoco me acuerdo muy bien de mi abuelo Antonio Fernández-Arroyo, seguramente porque también debió morir cuando yo era aún muy chico, pero todavía me parece recordarlo como un hombre ya más bien viejo, alto y enjuto, un poco inclinado hacia adelante, apoyándose en una garrota y cubierto con un sombrero negro de ala ondulante, y que siempre tenía un gesto bondadoso y sonriente en el rostro. Mi abuelo Antonio parece ser que era un hombre más bien culto, amante de la lectura, de ideas políticas avanzadas y, al parecer, de palabra fácil y elocuente, por lo que gozaba de cierta popularidad y prestigio entre sus amigos y conocidos, que decían de él: «¡Habla mejor que un obispo!» y que, finalmente, acabaron distinguiéndolo con el ilustre apodo de «El Obispo». Aunque, de obispo tenía poco y, antes bien, me parece que tenía cierta fama

de amante del bello sexo y de ligón.

Mi tía Catalina, que me parece que era la hermana mayor de mi padre, debió heredar del suyo, o sea, de mi abuelo Antonio, «El Obispo», aquella inclinación intelectual y literaria, ya que era enormemente aficionada a la lectura y, además de hablar mucho y con mucha propiedad, componía preciosas poesías y romances que almacenaba en su memoria y gustaba de recitar cuando llegaba la ocasión, despertando el asombro y el regocijo entre sus oyentes. (Inclinación ésta que vinimos a heredar posteriormente el escritor e historiador manzanareño Antonio Bermúdez (nieto de mi tía Catalina) y esta modesta persona que ahora os habla.)

Mi abuelo materno se llamaba José Fernández de Simón y Maeso, y era también conocido como «Pepe Casillas», (aunque no sé, en realidad, a santo de qué venía eso de las «casillas») y era, según rezaba en el membrete de sus cartas y sobres comerciales «Cosechero y Exportador de vinos». De mi abuelo Pepe «Casillas», me acuerdo mucho más por que vivió con nosotros los últimos años de su vida y murió en nuestra casa pocos años después de terminada la guerra. Era un hombre más bien gordo y macizo, de cabeza redonda, buena barriga y generosa calva que, de tanto en tanto, solía cubrir con una gorra bastante usada ya. Tenía unos cuantos majuelos, alguna que otra siembra de cereales, una casa grande con un corral largo, con gavillera y cuadras para las yuntas, camarón para los granos, un jaraíz para moler las uvas y una bodega bastante grande para elaborar el vino. Mi abuela Apolonia Guerrero queda también en mi recuerdo como una viejecita delgada de pelo canoso anudado en un moño en la nuca, de mejillas hundidas por la falta total de dientes y surcada de arrugas, siempre en actividad, con las mangas de la bata remangadas y un mandil del que asomaba por un lado la faltriquera de paño rojo. Y también me acuerdo perfectamente de que, cuando murió, fui yo el último que la dio un beso antes de que cerrarán la caja y aún conservo la impresión de la frialdad de la rugosa piel de su frente. Mi abuela Apolonia era la encargada de hacer, en determinadas épocas del año, unas magníficas y exquisitas tartas, cuya receta sólo ella conocía, que eran luego enviadas a Madrid, al palacio de los reyes, en grandes y redondas sombrereras de cartón, como obsequio muy especial y muy apreciado, en el nombre de Don Manuel González de Jonte o de la marquesa de Salinas. (Tarea ésta que heredó mi madre a la muerte

de mi abuela y que continuó realizándola durante algunos años después).

Y, ya, aparte de los recuerdos familiares, recuerdo perfectamente aquellas largas vendimias, del viaje diario y temprano hasta los majuelos, en el carro cargado con los capachos vacíos, los vendimiadores y las vendimiadoras y el arca de las provisiones y la sartén grande de tres patas en la que mi tía Teresa hacía el cochifrito o el ajo majuelero para la comida. Y me acuerdo muy bien del paso parsimonioso de las mulas y de cómo mi tío Agustín aprovechaba el viaje para tomarse su desayuno y de que, al terminar de comerse la manzana, me daba el corazón bien apurado con la navaja y me decía: «Tóma, «Volchevique», apura este jarrico». Y es que a mi tío Agustín, algunas veces, le daba por llamarme «Volchevique», no sé a santo de qué. Y luego, al llegar al majuelo, todo el día llenando espuertas y espuertas y capachos y capachos de aquellas uvas gordas como cascabeles, doradas como el ámbar y dulces como la ambrosía. Y de los capachos volcándose en el jaraíz, en aquel gran montón que mi padre iba pasando a la moledora, a fuerza de paladas a la tolva, con los pies descalzos entre las uvas espachurradas, y luego, de la moledora a la prensa y después, venga dale que dale, adelante y atrás a aquel largo brazo de hierro, que iba aplastando las uvas molidas y aquel chorro de mosto que iba escurriendo por la boca del canalillo. Y así un día y otro día, hasta que las gordas tinajas de la bodega del abuelo quedaban llenas de mosto, que luego fermentaba y llenaba de tufo la bodega y de aquellas barras de azufre que había que encender, cuyo olor era todavía peor que el tufo...

También me acuerdo de la época de la siega y de la trilla, los días en la era, con aquel sol de plomo y el chirrido de las chicharras y el «tamo» que invadía todo el pueblo de diminutas partículas de paja y de aquellas galeras bamboleantes que acarrearaban la mies, con aquel tintineo de los cascabeles en las colleras, y del aventado del grano cuando soplaban un poco de viento. Y luego, venga de cargar sobre el hombro aquellos enormes costales de trigo o cebada y subirlos uno por uno al camarón y volcarlos allí, en aquel enorme montón de grano amarillo como el oro.

¡Ah, qué hermoso era todo aquello! Aquella era una vida y un Manzanares que las nuevas generaciones me parece que han ido perdiendo. Aquello era un ritmo vital acorde con la naturaleza, que marcaba su curso y que ponía un sentido y una

razón a las cosas. Y cada estación tenía sus tareas para los mayores y sus juegos para los pequeños y todo se sucedía regularmente y con armonía, los largos días de lluvia, los rudos calores del verano, los fríos del invierno, el florecer de la primavera...

Me acuerdo también de la recolección de la aceituna, subiéndome a los olivos y meneando vigorosamente las ramas para que fueran cayendo al suelo las aceitunas. Y de aquellas mañanas de invierno en que, algunas veces, cuando «no había escuela», acompañaba a mi padre al majuelo de «Espaldateja» y por el camino me iba contando cosas de cuando era mozo y se fué a hacer la mili en las Canarias y luego, mientras él iba podando las cepas, yo recogía los sarmientos y los iba agrupando en montones para hacer una gavilla con ellos. Y estas gavillas se colocaban en la gavillera que había en casa del abuelo y así teníamos lumbre para todo el año. «Por Santa Teresa, rosa en mesa», se decía y era por entonces, por el mes de Octubre, cuando íbamos, muy de mañana, a recoger la rosa a los azafranales, que parecían alfombras de color malva pálido, iluminadas por los primeros rayos del sol. Era precioso ir recogiendo aquellas delicadas flores, que luego se extendían en grandes mesas, en medio del patio o del corral, y se les iban quitando uno a uno, con gran cuidado de que no se perdiera ninguno, aquellos valiosos hilillos anaranjados del azafrán. ¡Qué cháchara se traían allí todas las mujeres, con aquellos pañolones negros que algunas llevaban atados a la cabeza!

Y es que cada cosa tenía su estación. Y lo mismo pasaba con los juegos de los muchachos: cada época traía sus juegos propios. Por el invierno, eran más bien juegos de correr y saltar y hacer ejercicio para entrar en calor. Me acuerdo que, en las Escuelas del Teatro, en invierno, durante los recreos, jugábamos al «Borrico en la pared» o a la «Pídola pa tós y emborrícate», o al «Plantaio», o al «Rescatao» y juegos así, de correr y saltar, y también, claro está, jugábamos al fútbol, que ya por entonces este juego hacía tanto furor como ahora. En la primavera solíamos jugar a las bolas. Nosotros las llamábamos «bolas», aunque luego, durante la guerra, cuando llegaron los evacuados de Madrid y de otros lugares, nos dijeron que se llamaban «canicas», pero como nos parecía un nombre muy ridículo, nosotros las seguíamos llamando «bolas». Había varios juegos, como por ejemplo, «El Guá», o «El triángulo» y también había varios tipos de bolas: las más corrientes eran de barro, pintadas de colores y luego estaban las de cristal,

que ya eran más de lujo, sobre todo algunas que tenían vetas coloreadas en su interior y no digamos ya nada de las de níquel, tan pesadas y relucientes, que siempre, al tirar a raya, se quedaban «partiendolica», como aquel bolo gordo que tenía mi amigo «Fito», el de la estación, con el que siempre nos «espeluchaba» a todos. En el verano había pocos juegos y, fuera de los partidos de fútbol en las eras, lo más divertido era irse a bañar al río. Los que sabían nadar bien, solían bañarse en el «Calicanto», que era donde más cubría el agua y donde, algunas veces, solía navegar la barca de Juanico «Barcas». Los que no sabíamos, nos íbamos hasta el tercero o el cuarto recodo, que estaban más allá del Puente de la Reina y donde el agua, por lo general, llegaba sólo hasta la barriga, pero en cambio, el río allí traía bastante corriente y había que andarse con cuidado. Por cierto, que aún me acuerdo del primer día que fui a bañarme allí y, al meterme en el agua, me resbalé en la greda de la orilla y allá que me fui rodando, arrastrado por la corriente y gracias a que un chico mayor me agarro por un brazo y me ayudó a ponerme de pie y a salir otra vez a la orilla. Recuerdo que allí me quedé un rato, acuclillado en la hierba, viendo como los otros chicos jugaban y retozaban en el agua, hasta que se me pasó el susto y me atreví a meterme de nuevo, esta vez con más cuidado para no resbalar.

Allá por el Otoño solíamos jugar al «Cirrio» y también a la «Tíngana», al «Trompo», o a esos otros juegos de todo tiempo, como eran «los santos», «las tabas», «las chapas» y hasta, a veces, a «los alfileres bonitos», aunque era éste un juego más bien de chicas. Las chicas, como era natural en aquellos tiempos, jugaban entre ellas a otros juegos diferentes, en los que no podíamos participar los chicos sin riesgo de que se nos tildara de «mariquitas», cosa que, entonces, cabreaba mucho más a los chicos que ahora. Las chicas solían jugar a «la comba», «al corro», al «pasimisi-pasimisé», al «truco», al «tú la llevas», al «escondite inglés», al «orí, ya vale» y a otros juegos semejantes en los que también corrían y saltaban y hasta solían cantar hermosos romances, como aquel que decía: «Yo soy la viudita del Conde Laurel». Eran juegos movidos, imaginativos y diferentes en los que el cuerpo ejercitaba sus capacidades físicas y sus recursos. Dichos juegos se practicaban por lo general en el patio del colegio, durante los tiempos de recreo en el «corralillo», como solíamos llamar al patio de recreo en las Escuelas del Teatro. Aunque, en realidad, más que «corralillo», aquel era un hermoso

y espacioso patio rectangular, con galerías porticadas en dos de sus lados y jóvenes acacias plantadas en el medio. Naturalmente, también se jugaban en cualquier momento, fuera del colegio, en medio de la calle. Como aquellos partidos de fútbol que jugábamos en el Paseo de la Estación, las más de las veces con una pelota hecha de trapos y papeles atados fuertemente con una cuerda y dándoles una forma lo más redonda posible. La mayoría de los chicos que vivíamos en la acera de los pares, raramente teníamos un balón de verdad, todo lo más, una pelota de goma más o menos gorda: sólo los Conca, o los Otero, o alguno de los que vivían en la acera de los nones, solían disponer en ocasiones de un balón de reglamento y cuando lo sacaban jaquello ya sí que era un verdadero partido!

De otra cosa que me acuerdo, y me pregunto algunas veces qué pasaría con ella, es de la gruta que había en el «Pocillo de Máximo», con aquella galería llena de estalactitas y estalagmitas. Tenía una entrada muy angosta, por donde era preciso entrar arrastrándonos como las lagartijas, pero más adelante, ya se podía poner uno de pie en una especie de nave preciosa a la luz de las velas.

Muchos de mis recuerdos de aquellos años anteriores y posteriores a la guerra, se me han ido desdibujando y borrando completamente, pero cada uno de los aquí presentes, que los vivieron como yo, tendrán los suyos y será bueno que de vez en cuando los recuerden, si fueron agradables y felices o bien los olviden completamente si fueron tristes y dolorosos.

Pero si me acuerdo que por entonces teníamos en Manzanares algunos tipos populares y pintorescos, de los que quizás nos acordemos con mayor simpatía los que entonces eramos muchachos: había uno al que llamábamos «Cele» y que resultaba un personaje gracioso porque era pequeñito y como arrugado, que vestía una blusa manchega de color ala de mosca y siempre llevaba una boinilla con el rabillo tieso encasquetada en su cabeza, que parecía más pequeña de lo normal. Tal vez debido a su aspecto poco corriente, los muchachos nos solíamos meter con él y entonces se encolerizaba y nos perseguía tirándonos piedras y diciéndonos cosas feas. Otro era «Abundio», que parecía un poco retrasado mental, y al que yo recuerdo como un mendigo inofensivo y lastimoso, con su eterna sonrisa grande y salivosa y sus ojos neutros que no decían nada. Otro era «Pavino», el popular mendigo borrachín, que todo lo que ganaba se lo gasta-

ba en vino y que tuvo un fin trágico, el pobre, ya que fue muerto a tiros por los soldados de Miaja, que estaban por entonces acuartelados en la casa de los Pacheco, en el Paseo de la Estación, lo que dió lugar a una coplilla que recorrió el pueblo y que decía:

*«Los soldaditos de Miaja
ay que valientes que son,
que mataron a Pavino
en el frente la Estación»*

Y, a propósito de coplillas, otro episodio que dió lugar a una coplilla que se cantaba en Manzanares durante algún tiempo, fue el de «La Bernarda». La Bernarda fue el nombre que el ingenio manzanareño dió en darle a una avioneta que, durante algunos días, casi sobre la misma hora, pasaba por encima del pueblo y que, por fin, el último de ellos, soltó una bombita que cayó en la estación y que, aparte del ruido, solo ocasionó un pequeño hoyo junto a la vía del tren. Bomba que, por cierto, yo tuve ocasión de ver como caía, cuando volvía de «La alegría», de comprar un cartucho de sal, que me había mandado mi madre. Y la coplilla empezaba así:

«Ya viene «La Bernarda», qué dolor, qué dolor, qué pena.

*Ya viene «La Bernarda», ya viene a bombardear,
h, i, j, k,*

*alredor de la torre, qué dolor, qué dolor, qué pena,
alredor de la torre, dando vueltas está, h, i, j, k.»*

Pero, entre los personajes populares, todavía queda otro que no quiero dejar de mencionar, porque era tal vez el más querido de los niños: a este todo el mundo le conocía por «Eugeñín», el bollero, el de las famosas pelotas, que recorría el pueblo entero con su famoso pregón, voceado a pleno pulmón, con aquel vozarrón suyo: ¡Tortas, bollos, magdalenas, mantecaos, pastas de coco!. Era un hombrón alto y gordo, siempre vestido con su blusa de color caqui, que llevaba al brazo aquella enorme cesta cubierta con un paño, en cuyo interior portaba los ricos bollos y las pelotas rellenas de crema, que estaban riquísimas.

Y ya, más tarde, los recuerdos dominantes del segundo decenio de mi vida en Manzanares están relacionados con la época de mi formación cultural, religiosa, espiritual y moral, en que transcurrió esa primera etapa de mi juventud. Y eso me trae al recuerdo lo que fue el primer paso en mi formación religiosa. Recién terminada la guerra y con mis once años casi recién cumplidos, volvía yo una tarde hacia mi casa, por la calle de Toledo, hacia la altura

de la Imprenta Rodríguez, cuando me encuentro con mi vecino de calle, Miguelito Otero, que va y me dice: «Anda, vente conmigo, que vamos a confesarnos». Yo le pregunto que qué es eso de «confesarnos» y él me dice: «Nada, ya verás, cosa fácil. Vente, que te lo explico por el camino». Total, que, poco después, me encuentro dentro de la ermita de San Antón, otra vez en la nave sombría y silenciosa de una iglesia y, siguiendo las instrucciones que me había dado Miguelito y haciendo lo que él acababa de hacer, me pongo de rodillas delante del cura, y el cura empieza a preguntarme cosas, que si he hecho ésto que si hice lo otro y yo, claro, unas veces le contesto que si y otras que no, según venía al caso y, al final, me dice: «Bueno, reza una estación y procura ser bueno», y luego yo me levanto y me pongo como Miguelito, de rodillas en un banco, con las manos juntas y los ojos cerrados y me digo para mis adentros: «¿Una estación? Pues... Cinco Casas.» Pero, como Miguelito me había dicho algo de rezar padrenuestros y avemarías y eso sí lo sabía, pues me quedé un ratillo rezando padrenuestros y avemarías, por si acaso. Tras esta mi primera e improvisada confesión, debió pasar algo más de un año, hasta que, estando en un campamento de las Organizaciones Juveniles, en Fuengirola, dijo el páter que todos los que no hubiéramos hecho la primera comunión, teníamos que hacerla el día de la consagración del campamento al Sagrado Corazón de Jesús y, como yo no la había hecho, allí fue donde hice yo mi Primera Comunión, sin trajecito blanco de marinero, ni misal, ni rosario, sino con un pantaloncillo corto de color gris, una camisa azul y una boina roja que, por cierto, me hubiera podido servir de paracaídas, de lo grande que me estaba.

Y ya, a partir de entonces, comencé a tomar muy en serio mi formación espiritual y religiosa, con tanta pasión y entusiasmo, que yo creo que estuve muy cerca de alcanzar casi, casi una especie de verdadero misticismo. Llegué a tomarle el gusto a levantarme temprano para ir a misa de alba en la capilla del Hospital, donde incluso, algunas veces, ayudaba a misa a Don Federico. Y más tarde, poco a poco, me fui adhiriendo a todas las agrupaciones piadosas que había por entonces en el pueblo, desde esta Hermandad de Nuestro Padre Jesús, hasta convertirme en un miembro fervoroso de los Jóvenes de Acción Católica, donde llegué a ser elegido como «Vocal de Piedad», pasando por la Adoración Nocturna y participante en todas las novenas, triduos, viacrucis, rosarios de la aurora, primeros

viernes de mes y todas las procesiones que tenían lugar a lo largo de todo el año litúrgico. Yo creo, sinceramente, que por aquella época yo debí andar casi, casi rozando la santidad. Me encantaban las vigiliias de la Adoración Nocturna en la capilla del Hospital, aquellas horas de vela ante el Santísimo, meditando en los profundos y misteriosos dogmas de la fe, la procesión en torno a la capilla entonando en canto gregoriano los salmos que íbamos leyendo en latín, me gustaba mucho asistir a los círculos de estudio en la Acción Católica, las procesiones de la Semana Santa, sobre todo la del Viernes Santo, los Via-Crucis hasta el Cristo de las Agonías, cuando empezaba a rayar el día y el cielo iba mostrándonos los cambiantes colores del alba y las voces de las oraciones resonaban en el silencio y los corazones, yo creo que se nos agitaban y encogían de pura contrición. Pero, sobre todo, lo que más me gustaba y me emocionaba era mi visita diaria (o casi diaria, por no faltar a la verdad) a Nuestro Padre Jesús del Perdón. Raro era el día en que, de un modo u otro, no encontraba un momento para venir a su iglesia y me arrodillaba en el primer banco, justo frente a la imagen, y allí me quedaba un rato largo, contemplando ese rostro, sereno y dolorido de Jesús, sus ojos, que me parecían llenos de tristeza, su frente punzada por aquella corona de espinas, las gotas de sangre y, pensando en lo que todo aquello significaba, yo me sentía hondamente impresionado y emocionado.

Yo era enormemente devoto de N. P. Jesús del Perdón y hasta que tuve que abandonar el pueblo para hacer el servicio militar, siempre fui hermano de esta Hermandad que ahora nos acoge, si bien creo recordar que nunca llegué a participar en ninguna procesión llevando el capirucho y la túnica, como era mi gran ilusión, pero si es cierto que durante un año completo llevé la camisa morada con el cordón amarillo, que era el hábito masculino de Jesús Nazareno.

Efectivamente, por aquella época yo era profundamente religioso y estaba muy interesado en la formación de mi espíritu y mi carácter. Leía con absoluta dedicación los libros de aquel obispo húngaro, Tihamer Toth, dirigidos específicamente a la formación de la juventud, tales como «Energía y pureza», «El joven de carácter», «El joven y Cristo», «El joven de porvenir» y trataba con todas mis fuerzas de seguir aquellos maravillosos ejemplos y orientaciones, intentando convertirme en uno de aquellos prototipos, mitad santos, mitad héroes, que preconizaba Tihamer Toth. No se si llegaría a con-

seguirlo plenamente, pero puede que le anduviera muy cerquita.

En cualquier caso, creo sinceramente que aquella época de piedad y espiritualidad, conformaron en gran medida mi carácter, de tal modo que, aparte de las normales transformaciones con que el tiempo y la experiencia lo han ido madurando, no creo que, en lo sustancial haya cambiado mucho. En muchos aspectos casi me sigo sintiendo el mismo muchacho que entonces era y, si bien es posible que no esté tan cerca de la santidad como lo estaba entonces, si puedo decir y confesar sin el menor sonrojo que, si todo el mundo fuera y obrara como yo, este pícaro mundo sería casi, casi un pequeño y agradable paraíso. Y no es exagerar...

Y ahora ya, a estas alturas de este pregón, que seguramente os habrá parecido un tanto insólito o, por lo menos, desacostumbrado en su contenido, que hasta me ha llevado a echarme «una de incienso» a mí mismo (cosa que reconozco, no está bien, y por lo que os ruego la generosidad de la disculpa), pues, sinceramente, ya no sé qué más añadir, si es que fuera necesario añadir algo más. Por lo que se refiere a los recuerdos, rebuscando, rebuscando, siempre podría encontrar algunos más, pero creo que es mejor que cada uno vaya reviviendo los suyos propios, que siempre le producirán mucha más satisfacción. Y, en cuanto al motivo y la ocasión que este pregón inaugura, es decir, las Fiestas del Patrón de Manzanares, nuestro Padre Jesús del Perdón, pues poco hay que decir, en realidad: en las fiestas, ya se sabe, lo propio y adecuado es divertirse y pasárselo lo mejor posible, eso sí: dentro de un orden, como está mandado, o sea, sin «desmandarse».

Así es que, para terminar, me gustaría mucho leeros una de mis primeras poesías, escrita cuando todavía estaba yo en el colegio de Don Cristóbal (ocasión que aprovecho para enviarle un cariñoso saludo), y fue, más o menos, allá por el 1944, cuando, por estas fechas, Don Cristóbal nos echó, como deberes para casa (además de las habituales y larguísimas cuentas), que hiciésemos una composición sobre Manzanares y N. P. Jesús del Perdón y la tradición que representa. Como entonces yo empezaba ya a manejar el romance con cierta soltura, se me ocurrió escribirla en verso. Y aquí os la voy a leer ahora, porque me parece que viene pintiparada para esta ocasión. Se titula «Romance de Manzanares» y dice así:

*Por las tierras del Quijote
que el mundo llama La Mancha,*

la ciudad de Manzanares
orgullosa se levanta.
Elevadas chimeneas
se destacan de sus casas
y sobre ellas, la torre
ruinosa y desmantelada,
alza su gran silueta
hasta muy bajas dejarlas.
Desde la bella estación
por la que el pueblo comienza,
una adoquinada calle
hasta la plaza nos lleva:
el Paseo de la Estación
ornado de verdes árboles,
que ofrece a todo viajero
una acogida agradable.
Sigue la Calle Toledo
con sus comercios e imprentas
y luego, Calle Empedrada
con almacenes y tiendas
y al final de ésta, la Plaza
con su hermoso Ayuntamiento
y en frente, la Catedral
que la están reconstruyendo.
Por la calle de la Cárcel
se desemboca en el Río
donde se instala la Feria
en el caluroso estío.
Siguiendo la carretera
de alquitrán bien asfaltado,
están: la Quinta de Mira
Plaza de toros y Granja
¡y el Parador de Turismo
ese espléndido edificio,
que ya quedaba olvidado
de mi memoria en el juicio!
Pero, entre todas las cosas
que hay por esta carretera,
frente a la Plaza de toros
una negra cruz se encuentra:
una negra cruz de palo
que una ermita representa
del Cristo de la Agonía,
que fue destruida en guerra.
¡Ah, qué gloriosos recuerdos
evoca la cruz aquella!
Por el siglo diecinueve
cuando la invasión francesa
el suelo hispano asolaba
un regimiento «gabacho»
a Manzanares llegaba
y su general quería

al pueblo manzanareño
regarlo de sangre humana.
Pero, un santo sacerdote
(Sotomayor se llamaba),
que por sus muchas virtudes
párroco era de la plaza,
inspirado por la gracia
del buen Jesús del Perdón,
acordó con la Hermandad
el sacarlo en procesión.
Lentamente caminaba
la pequeña comitiva:
el sacerdote, delante
detrás, la imagen bendita
de Jesús el Nazareno
que ha caído de rodillas
bajo el peso del madero.
Por fin llegan al lugar
donde el enemigo espera
el momento de atacar
la ciudad manzanareña.
Pero, al ver que hacia ellos viene
tan extraña procesión
por un momento detienen
la furia de su cañón.
Ya que hubieron llegado
delante del invasor
el párroco, de rodillas,
así imploró su perdón:
«Si degollar pretendéis
a mis amadas ovejas,
no detengáis vuestra espada
ante mi cana cabeza.
Mas, si tenéis corazón,
detened vuestra mirada
ante esa imagen sagrada
de Jesús el Redentor».
El general, admirado
por tan heroico valor,
acercóse al Nazareno
y el rostro le contempló
pálido y de sangre lleno
y una expresión de dolor
que aunque fuera de granito
ablandara un corazón.
Luego, se hincó de rodillas
y, quitándose el fagín
lo ciñó a Jesús Bendito
diciendo al párroco así:
«Buen pastor, a tus ovejas
gustoso doy mi perdón
porque esta divina imagen

me ha ablandado el corazón».
Y, volviendo sus cañones
y deteniendo a su gente
libró así a Manzanares
de una inevitable muerte.
Y... esta es la tradición
que aquella cruz representa
y, volviendo a Manzanares,
ya sólo decir me resta
que es una ciudad industrial
y que sus vinos de mesa
tienen fama universal.
Posee molinos de aceite
y fábricas alcoholeras,
parques y hermosos jardines
que el río Azuer los riega.
Los campos que la circundan,
cuando llega la cosecha,

de trigos y cereales
llenan de oro sus eras.
Los pámpanos de las vides
que a lo lejos verdeguean,
nos dan jugosos racimos
de uvas doradas y frescas.
Y..., ya en mi pluma se acaba
la tinta que había mojado
y en mi memoria se agota
la inspiración que hasta ahora,
felizmente me ha ayudado.

Y, para terminar con uno más de mis recuerdos infantiles, os diré como me decía mi madre al acabar uno de aquellos hermosos cuentos que me contaba: «Y, colorín colorado, este pregón se ha acabado».

Muchas gracias por vuestra paciencia y atención.